



Fenómenos Narcisistas y Vergüenza¹

Andrew P. Morrison, M.D.²
Cambridge, Massachusetts, USA

Se revisa el concepto de Narcisismo representando todos los aspectos de la experiencia de Sí mismo, incluyendo lo saludable y lo patológico, lo grandioso y lo contraído. Los fenómenos narcisistas reflejan el deseo de ser especial para un otro admirado, y deriva hacia lo patológico cuando se transforma en demandas de ser el “único otro” significativo. Este trabajo desarrolla la perspectiva psicoanalítica sobre el Narcisismo, desde Freud y a través de los estudios sobre el Yo ideal, hasta los puntos de vista de Kohut sobre la centralidad de la experiencia del self independiente del amor de objeto. La vergüenza se introduce como el afecto vinculado inevitablemente al narcisismo, reflejando la brecha entre las experiencias del self *ideal* y *actual*. Se propone la *Dialéctica del Narcisismo* para representar los polos narcisistas de *expansión* (autonomía grandiosa y auto-suficiencia) y de *contracción* (dependencia, sentimiento de ser pequeño, e idealización del otro), con la vergüenza vinculada al fracaso inevitable en lograr cada ideal narcisista. Se ofrecen ejemplos clínicos para ilustrar estas perspectivas.

Palabras clave: Narcisismo, Vergüenza.

Narcissism is here considered to represent all aspects of self experience, including the healthy and the pathological, the grandiose and the contracted. Narcissistic phenomena reflect the desire to be special to an admired other, and shade into the pathological when they become demands to be the “only” significant one. This paper traces the psychoanalytic perspective on narcissism, from Freud, through studies of the ego ideal, to Kohut’s view of the centrality of self experience independent of object love. Shame is introduced as that affect inevitably attached to narcissism, reflecting the gap between *ideal* and *actual* self experiences. The *dialectic of narcissism* is introduced to represent the narcissistic poles of *expansion* (grandiose autonomy and self-sufficiency) and *contraction* (dependency, smallness, and idealization of the other), with shame attached to inevitable failure in attaining either narcissistic ideal. Clinical examples are offered to illustrate these perspectives.

Key Words: Narcissism, Shame.

English Title: Narcissistic Phenomena and Shame.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Morrison, A.P.. (2008). Fenómenos Narcisistas y Vergüenza. *Clínica e Investigación Relacional*, 2 (1): 9-25. [ISSN 1988-2939]

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen21Mayo2008/tabid/355/autorizacion/es-ES/Default.aspx>]

Concibo el narcisismo en su sentido más amplio, como representando a todos los fenómenos -positivo o negativo, grandioso o contraído- que dan cuenta del sentido del self y de la experiencia que uno tiene de sí mismo. Estas expresiones pueden ser simples y sin fisuras, apenas perceptibles; o bien, disruptivas, exigentes y extravagantes. Manifestaciones del narcisismo reflejan una progresión desde lo que yo destaco como fenómenos narcisistas presentes en cada uno de nosotros; hasta el, clínicamente y más severo estado de la patología del narcisismo, con amplios matices de expresión entre uno y otro polo. La experiencia afectiva interna que representa el narcisismo, otra vez, presente en cada uno de nosotros en un grado u otro- es un deseo de ser especial. Especial para una persona particular, un otro significativo, alguien a quien hemos atribuido importancia y poder. Yendo hacia lo más patológico, este deseo de ser especial para el mirada del otro idealizado se desarrolla hasta anhelar ser absolutamente único y en extremo, llegar a ser exclusivo, el singular sujeto de importancia para él o para ella. La importancia del sentimiento del otro en la relación narcisista introduce un enigma a resolver, desde lo que hasta ahora hemos definido narcisismo en términos de self y de la experiencia que tenemos de nosotros mismos. Volveremos continuamente a la pregunta desde dónde el otro se encaja en nuestra comprensión del self.

Cuando el natural deseo de afirmación y de ser especial es realizado fácilmente –de las innumerables formas que esto puede ocurrir – el niño³ se desarrolla tranquilamente, con una segura mezcla de satisfacción y optimismo. Esta estructura del self alcanza consistencia y estabilidad; se desarrolla su auto-estima y una actitud de confianza en los demás. Este fuerte sentido del self refleja lo que yo considero ser una dotación narcisista positiva. Por otro lado, sin esta temprana afirmación de un sentido de ser especial y significativo, el niño desarrolla una configuración del self poco segura y exigente. Requiere una constante atención y reaseguramiento, y/o se defiende de sus dudas sobre sí mismo con una respuesta rabiosa, una falsa autonomía, y grandiosa beligerancia o se retrae y constriñe su expresión de sí mismo. Aquí nos encontramos con un difícil narcisismo patológico en sus diferentes manifestaciones (inclusive las insistentes proclamaciones de ser único).

La severidad, e intensidad del narcisismo patológico refleja el grado de indiferencia parental (cuidador) para la demanda de confirmación tan necesaria de ser especial y único, imprescindible cuando el niño se está desarrollando. Cuando las necesidades del niño han sido ignoradas – mediante indiferencia o duras críticas –, el resultado es la disregulación narcisista con profundos trastornos en la autoestima o en la creación de defensas grandiosas. Tales expresiones de narcisismo herido se infiltran hasta el mismo centro del individuo. Desde luego las heridas al desarrollo y el freno en el desarrollo del self también pueden reflejar demandas y expectativas excesivas de singularidad en cuanto a los padres exigentes, que no preparan bien a su hijo para ocupar su sitio en un mundo de iguales.

Manifestaciones menos intensas de trastornos narcisistas reflejan que ha habido una menor interrupción de las respuestas que brindan atención durante el desarrollo. En estos casos las interrupciones narcisistas tienden a ser más transitorias, están relacionadas con ofensas específicas y forman un *background* más difuso de la personalidad. Aquí también debemos enfatizar que el narcisismo y sus representaciones se presentan conjuntamente con otros elementos de la personalidad y de la psicopatología (como depresión, fenómenos histéricos u obsesivos, ect.).

En este esquema introductorio de mi perspectiva personal sobre el narcisismo quiero

introducir un constructo que elaboraré más adelante en consideraciones acerca de la relación entre narcisismo y el sentimiento de vergüenza. Esto es lo que yo he llamado *La Dialéctica del Narcisismo* (Morrison, 1989; 1994). Aquí me refiero a dos expresiones distintas o dos polos distintos (siempre presentes) del narcisismo, constitutivos de la experiencia humana. El polo expansivo dominado por las tendencias exhibicionistas, grandiosas, exageradamente autónomas, y de autosuficiencia y el polo *contraído*, en el que hay un sentimiento de pequeñez, de dependencia, de ser inferior que anhela fusionarse con un otro fuerte e idealizado. Estos dos polos están simultáneamente presentes en diferentes proporciones en un momento dado de un individuo dado, siempre en una tensión dialéctica entre ellos. En ciertos momentos lo que está en un primer plano puede desplazarse rápidamente al plano de fondo. También dada la dialéctica entre los dos, la vergüenza siempre planea por el entorno, siempre a punto de aterrizar, a aparecer ante los inevitables fracasos en el intento de triunfar un polo sobre el otro.

Con esta perspectiva inicial sobre el narcisismo presentaré un resumen histórico de la comprensión y la utilización de este concepto empezando con la contribución de Freud de 1914 *Introducción al Narcisismo*. (Esta perspectiva personal está formada, por supuesto, por mi propio *training*, mi propia formación y mi propio *background* en psicoanálisis en los EEUU). Luego introduciré el afecto de la *vergüenza* como un ingrediente central de los fenómenos narcisistas. Desarrollaré un ejemplo clínico, en un esfuerzo para mostrar la relación entre narcisismo y vergüenza, tal como interactúan en nuestros pacientes.

El ensayo de Freud de 1914 fue motivado inicialmente para afrontar algunos de los conceptos alternativos que Jung y Adler presentaron en la época de su expulsión del movimiento psicoanalítico, intentando preservar el poder de la primacía de la teoría de la libido. Así en respuesta a la “inferioridad de órgano” y a la “protesta masculina” de Adler y a la negación por parte de Jung de la sexualidad infantil, Freud concibió la “investidura libidinal del yo” como manifestación de lo que llamaba *narcisismo primario* - un estado del desarrollo normal precoz o primitivo en el que la libido se dirigía hacia dentro. Esta etapa está seguida por la investidura de objeto (es decir, el amor de objeto) seguida de un retraimiento de los objetos (ante la decepción) formándose el “*narcisismo secundario*” que viene a ser el contexto del narcisismo como patología. Aparecieron muchos problemas a medida que los colegas de Freud intentaron utilizar estos conceptos del narcisismo tal como se refleja en el tomo de las discusiones en *Freud's On Narcissism* (Sandler et al., 1991). Estos ensayos cuestionaban: la existencia del narcisismo primario en sí mismo, ante la evidencia que demuestra que los bebés interactúan con objetos de forma inmediata; cuestionaban el narcisismo como una etapa del desarrollo; cuestionaban el lugar de las teorías instintivas en las investiduras narcisistas así como la supuesta relación inversa entre las energías dirigidas al self y las que se dirigen al objeto; y finalmente también cuestionaban las teorías de depleción del self ante el amor y las idealizaciones. Freud también introdujo los conceptos del *yo ideal* y *autoestima*, conceptos centrales en ulteriores concepciones del narcisismo y que respondían directamente a los retos propuestos por Jung y Adler. Siguiendo algunas elaboraciones del narcisismo en *Duelo y melancolía* (1917) y en *El yo y el ello* (1923), Freud dejó de lado las teorías del narciso en favor de las teorías estructurales y de conflicto edípico, no volviendo a él de forma esencial en el resto de su obra.

No tiene que sorprendernos que los colaboradores de Freud también ignoraran al narcisismo durante varias décadas hasta que Hartman (1950) lo volviera a resucitar con relación al “self”, introduciendo así el self como centro merecedor de la atención psicoanalítica. El narcisismo, dijo Hartman es “*la catexis libidinal no del yo sino del self*” (p. 85). Más tarde Hartman y Loewenstein (1962) consideraron el narcisismo con relación al

superyo y al yo ideal. Manifestando que “*el yo ideal puede ser considerado como una operación de rescate del narcisismo*” (p.61). Así el narcisismo, el sentido del self y el yo ideal se convierten en elementos relevantes en el panteón de la psicología del yo de los años 60 en los EEUU. Como parte del super yo, el yo ideal se convirtió en central en los escritos de A. Reich (1960), Jacobson (1964) y Murray (1964), todos ellos tendían a verlo como una estructura primitiva pre-edípica que estaba relacionada con los primeros orígenes en el desarrollo del narcisismo.

El yo ideal entonces era visto como fijado en un nivel arcaico rígido pre-relacional, representando las primitivas internalizaciones que conducían inevitablemente al egoísmo y al sentimiento de *tener derecho* narcisista. Típico de este primitivo yo ideal con la fijación narcisista era la oscilación pendular del humor entre el deseo de fusión con un otro idealizado y omnipotente y los sentimientos asociados del self de no tener valor, o las imágenes del self grandioso y omnipotente resultando un menosprecio y una devaluación del otro. Aquí vemos el sentimiento de sí oscilando entre sentimientos de no tener valor y de insignificancia (la vulnerabilidad narcisista) y la grandiosidad expansiva. Estas oscilaciones en la manera de juzgarse a sí mismo se hacen con relación a la importancia del valor del otro en cuyos ojos el sujeto anhela brillar (la expectativa de que los ojos del otro brillen cuando le miran a uno). Por estas razones, el narcisismo y el yo ideal eran considerados primitivos y patológicos, reflejaban heridas precoces o tempranas y humillaciones por parte de los cuidadores y daba como resultado sentimientos de inferioridad, de fracaso y de vergüenza profunda. Piers y Singer (1953) también consideraron al yo ideal y su relación con el narcisismo en términos de “núcleo de la omnipotencia narcisista” como su principal atributo. De nuevo los elementos patológicos del yo ideal fueron subrayados como “ideales sobredimensionados grandiosos o perfeccionistas que situaban al yo bajo tensiones insoportables” (p. 26).

En los 60, otros exploraron el narcisismo en relación a una imagen de un *self ideal* (Sandler y al., 1963; Schafer, 1967), representando un concepto más flexible y más cercano a la experiencia que el yo ideal estructurado y exigente. Enfatizaron la formación imaginada del self ideal, a lo que aspiramos ser, en comparación con el ‘self real’, la persona que pensamos que somos en un momento dado. Cuanto mayor es la distancia entre el self ideal y el self real, mayor es la vulnerabilidad a la herida o al insulto narcisista y también veremos que el grado de esta discrepancia determinará la vulnerabilidad ante la vergüenza.

Resumiendo, hemos visto la inicial propuesta de Freud sobre el narcisismo de 1914 señalando algunas de las dificultades debido a su énfasis en las dinámicas libidinales y a su conceptualización del narcisismo primario que precede a la conciencia de que hay un objeto y que precede a la relación. Hemos considerado su abandono de la atención al narcisismo en favor de la teoría estructural hasta que el narcisismo volvió a un primer plano con la diferenciación que hizo Hartman entre el self y el yo y su subsiguiente elaboración del yo ideal. Se esperaba que se renunciara a las manifestaciones del narcisismo primitivo, en favor de cuestiones edípicas, mucho más maduras. Otros desarrollaron una visión más amplia, menos dominada por la patología del self ideal, de la misma manera que contribuyeron a la comprensión y a la formación de la identidad (Erikson, 1950; Lichtenstein, 1964).

En Francia, Bela Grunberger exploró el narcisismo, diferenciándolo de la conflictiva pulsional, centrándose en lo que denominó la *mónada* (1979). El narcisismo reflejaba trazos de recuerdos del éxtasis prenatal, de una absoluta fusión con la madre y con el cuerpo de la madre (la mónada), y el anhelo de volver a recuperar el éxtasis de aquella unión.

Grunberger creía que el trabajo analítico consistía en la modificación o renuncia de esta fantasía arcaica en favor del principio de realidad que imponía el padre, una imagen paternal que refleja el desarrollo y la aceptación adulta de la realidad. En EEUU entre los analistas que abordaron el narcisismo estuvieron Levin (1967), Lynd (1958) y Piers (1953).

El interés psicoanalítico sobre el narcisismo en los EEUU pasó a ocupar el primer plano en los años 70 y en los 80, de hecho tendió a dominar las controversias en el paisaje de la teoría analítica. Ciertamente las teorías de Kohut y de Kernberg contribuyeron clamorosamente a este énfasis pero otros factores también jugaron su parte en el influyente lugar conseguido por el narcisismo. El predominio de la psicología del yo fue menguando ante las nuevas voces que buscaban lugar bajo el manto psicoterapéutico. Este cambio sucedió conjuntamente con la efervescencia de otros marcos analíticos (y no analíticos) que competían entre sí, como el marco existencial, la gestalt, el conductista y el interpersonal. El tipo de pacientes que buscaban tratamiento psicoterapéutico fue cambiando, parecía que se movía desde la preponderancia de los tradicionales problemas neuróticos, con una pátina de asuntos edípicos, hacía asuntos que tenían que ver con la identidad, la autoestima y el aislamiento. Cambios en las familias y en las comunidades parecían conducir al predominio de la soledad y al aislamiento de las estructuras sociales que daban soporte, con la gente buscando tratamiento debido a una ausencia de valores e ideales personales, separados, tal como estaban de la familia y de los soportes significativos. Más que las neurosis que provenían de intensas interacciones con los padres y con los hermanos, parecía que los pacientes venían a tratamiento debido a su aislamiento generado por la sociedad contemporánea. La *anomia*, que primero describió Durkheim (1897) acerca de la cultura americana que conducía a la vulnerabilidad narcisista y a la duda acerca de uno mismo (Lasch, 1978).

A parte de Kohut, una de las mayores contribuciones a la comprensión del narcisismo vino de Helen Block Lewis (1971) que empáticamente vinculó la vergüenza con el narcisismo ya que la vergüenza, desde su punto de vista, trataba exclusivamente del self. Su perspectiva era fenomenológica, relacionando el narcisismo al vínculo con los demás en el entorno social. Nosotros existimos, decía y enfatizaba Helen Block Lewis, en un contexto social relacional. Es difícil discutir los pensamientos de Lewis sobre el narcisismo de forma independiente a su perspectiva de la vergüenza pero ella escribió acerca del impacto de la vergüenza en el narcisismo como una “implosión” o destrucción momentánea del self. Para Lewis el narcisismo es el amor de uno mismo (p. 248). Ella nunca elaboró el concepto de “destrucción momentánea” del self. Parecía que su visión del narcisismo se limitaba al concepto de amor a uno mismo sin reconocimiento de las dudas acerca de uno mismo, o de la vulnerabilidad de los estados narcisistas. El narcisismo servía para mantener y reparar vínculos de afecto entre el self y el otro y funcionaba principalmente para gestionar la vergüenza. Examinaremos más adelante las contribuciones de Lewis a la comprensión de la vergüenza.

Erik Erikson (1950) definió el narcisismo en términos de la formación de la identidad y difusión. El individuo busca una cohesión del self y una clara definición de uno mismo con relación a los otros y al entorno, empezando con una búsqueda de una confianza básica en el cuidador primario, que se continuaba con los esfuerzos para conseguir una autonomía y una independencia. Si estos esfuerzos fallan el individuo queda encerrado en estados de vergüenza y de duda, reflejando la incapacidad de obtener auto respeto, de ser competente y unos límites del self firmes. Sin embargo en contraste con a la autonomía, otros consideraron el narcisismo desde la perspectiva de tener el mérito para poder fusionarse o reunirse con un otro idealizado y a menudo con función parental. En esta visión el

narcisismo representa un sentido cósmico de estar juntos, contrastando con el *espléndido aislamiento* que Freud describió en su propio y solitario auto análisis (1892-99). Este sentido del narcisismo como fusión es una reminiscencia del constructo que hizo Grunberger de la mónada.

Janine Chassequet-Smirgel elaboró la mónada de Grunberger en su monografía *El yo ideal* (1985). Ella describió el yo ideal como el heredero del narcisismo primario representando el esfuerzo de volver a recuperar el estado arcaico de completud cuando “no había insatisfacción, no había deseo, no había pérdida... un ejemplo de satisfacción sin límite” (p. 5), es decir la mónada. Este estado de plenitud completud queda aniquilado con el reconocimiento de la separación y de la independencia, que lleva a la proyección de la perfección en el otro, el cual toma forma como el yo ideal. El narcisismo así se convierte en una búsqueda de toda la vida para hacer un puente entre el narcisismo perdido y el yo ideal a través de una fusión fantaseada con el otro idealizado. La herida narcisista y la desesperanza absoluta es el resultado de la convicción de no tener valor para ser querido por el otro idealizado de forma definitiva y para siempre. El otro idealizado es el yo ideal que ha sido proyectado en el otro. Según esta perspectiva la primera fuente de miseria y de infelicidad en la existencia humana proviene de la búsqueda sin fin para poder ser merecedor de este amor. Esta autora define esta búsqueda como la *enfermedad del ideal*. Chassequet Smirgel consideraba la búsqueda narcisista de fusión como algo inevitablemente regresivo.

En nuestras consideraciones acerca del narcisismo observamos el contraste entre un esforzarse por la autonomía, por ser singular y el esfuerzo por la dependencia y el tener suficiente valor para poder fusionarse con el otro idealizado. Aquí vuelvo al concepto de *la dialéctica del narcisismo* que describe estos estados del self entre el polo *expansivo* y el polo *contraído* de la experiencia que uno tiene de si mismo, con una tensión entre ambos. Esta dialéctica invita a considerar la relación entre el afecto de la *vergüenza* y el narcisismo. Cada polo induce inevitablemente a un fracaso, la imposibilidad de conseguir ni una autonomía completa, ni el merecimiento del amor y fusión con el otro, y este fallo conduce a la vergüenza. En ciertos momentos y en ciertos individuos, la altivez, el exhibicionismo y la grandiosidad es lo que domina y en otros momentos lo domina todo la pequeñez, sentimientos de insignificancia y la idealización del otro omnipotente. Estas manifestaciones opuestas del narcisismo coexisten en una tensión dialéctica entre ellas y a veces con un equilibrio diferente. Cada polo puede o bien retroceder o bien hacerse más dominante.

La vergüenza inevitablemente entra en la dialéctica que refleja el fracaso en conseguir o el objetivo de la autonomía o el objetivo de la fusionalidad, subrayando lo inevitable que es la imperfección. ¿Es la vergüenza una respuesta al aislamiento y a la soledad? o ¿Está siempre en relación con otro significativo? ¿La vergüenza es una *respuesta* a la pequeñez y a la falta? O bien ¿La vergüenza por ser imperfecto e insignificante es tan dolorosa que como *defensa* crea la típica grandiosidad que tanto se asocia con el narcisismo?. De estas maneras la auténtica relación entre vergüenza y narcisismo pasa a formar parte de la dialéctica reflejando la tensión entre causa y efecto, entre telón de fondo y telón de primer plano en cada particular individuo. Con estas cuestiones entre las tensiones dialécticas entre facetas de y respuestas al narcisismo parece que ha llegado el momento de considerar la relación específica entre narcisismo y vergüenza.

Voy a hacer una digresión un momento para hablar de como yo me interesé en investigar la vergüenza y su conexión con el narcisismo. Además de una conciencia creciente durante mi propio análisis de lo muy presente que estaba mi vergüenza, noté la fuerte presencia de

la vergüenza en mi paciente Manfred, de quien he escrito en detalle en otro lugar (1994). Brevemente, él había sido un niño dotado para la música, el hijo mayor de una pareja de músicos. Estudió piano primero con su madre y durante la época del instituto tocó un concierto con una orquesta local. En su relato él enfatizaba que desde entonces todo “había ido en picado”. Fue a un conservatorio de música pero su padre le aconsejó que cambiara a las ciencias para ganarse la vida porque nunca llegaría a ser un gran pianista. Manfred aceptó pero siempre sintió que se había quedado corto en relación a sus ideales musicales y a sus expectativas. Recordó como de niño había tenido fantasías de ser un gran instrumentista solista con aplausos y admiración de parte de sus fieles seguidores.

Se convirtió en un científico moderadamente competente en una corporación local pero llevo encima la constante carga de la vergüenza y la humillación de no haber alcanzado sus auténticas aspiraciones. Su trayecto como adulto estuvo marcado por un divorcio, el alcoholismo, la depresión y finalmente por una crisis maniaca que lo llevo a un hospital psiquiátrico. Se le diagnosticó una enfermedad bipolar, se le trató con psicoterapia y con litio y mejoró relativamente de forma rápida. En el transcurso de nuestro trabajo conjunto y continuado, exploramos sus profundos sentimientos de vergüenza y cómo estaban íntimamente conectados con su decepción consigo mismo y con sus aspiraciones no conseguidas. Empecé a buscar, y a encontrar, la vergüenza en muchos de mis pacientes y, como en Manfred, estos sentimientos parecían reflejar como se vivían a sí mismos, a menudo, al igual que Manfred, en términos de fracaso al conseguir los objetivos o los ideales. Continué explorando los muchos caminos de la vergüenza, siempre notando la clara conexión entre vergüenza y decepciones narcisistas.

En este contexto me encontré con los escritos de Kohut y la psicología del self, y me encontré absorto con su conceptualización del narcisismo, así como con su comprensión de su relación con la vergüenza. Estoy seguro de que conocéis bien los principales conceptos de la psicología del self, pero los voy a repasar brevemente en relación con nuestro enfoque actual. Lo más importante sobre la contribución de Kohut, fue su visión del desarrollo normal y natural del narcisismo y consideración del self, independientemente de cualquier línea de desarrollo del apego objetal y el amor. El narcisismo no era solamente una expresión patológica infantil, que necesitaba ser “aplastado”, como queda implícito en algunas de nuestras primeras exploraciones del yo ideal y grandiosidad defensiva. Por contra, más bien evoluciona a través de su propia línea de desarrollo, encontrando la expresión en la relación con lo que Kohut llamaba el *objeto del self* (“*objeto del self*”). El individuo se desarrolla con una expectativa sana como respuesta a sus necesidades de reflejar, de la idealización y de la participación en una humanidad compartida, todo lo cual se integra como parte del funcionamiento del self. La psicoterapia progresa a través de la capacidad del analista de *empatizar* con los sentimientos y necesidades de su paciente, en lugar de a través de la confrontación o interpretación desde una postura teórica preconcebida. La empatía se ve como un medio de observación, de recolección de datos a través de la introspección indirecta. Inevitablemente el analista falla en sus esfuerzos de entender correctamente a su paciente, llevando a lo que Kohut llamaba el *fracaso del objeto del self*. La terapia progresa a través de la resolución de estos fracasos empáticos, gradualmente interiorizando y estructurando la función objeto del self en la sustancia del self.

En contraste con los *ethos* de autonomía e independencia que prevalecen que la psicología del yo dominante en los Estados Unidos – no muy dispar al polo expansivo en la dialéctica del narcisismo – Kohut finalmente enfatiza la necesidad a lo largo de toda la vida para todos nosotros, de permanecer incrustados en una matriz de “otros” receptivos – el

vinculo self/objeto del self “self/objeto del self”. Kohut, más que cualquier otro teórico contemporáneo de aquel momento, le dedicó atención a la vergüenza, la cual veía como la respuesta a la disrupción en la experiencia del self debido a una grandiosidad insoportable y la incapacidad de expresar tensiones de tipo exhibicionistas. Esta explicación de la vergüenza permaneció, paradójicamente, unida a la libido y la teoría pulsional (aquí expresados en términos de exhibicionismo). Veía al individuo propenso a la vergüenza, como ambicioso y empujado por el éxito (1971), y luego (1972) describió la vergüenza como conectada a la ira narcisista, así como también a la ausencia de las funciones del objeto del self y la capacidad de respuesta.

La vergüenza empezó a jugar un rol menos significativo en las teorizaciones de Kohut, al alejarse de la teoría pulsional. En su libro de 1977 mencionó la vergüenza una sola vez, pero en esta ocasión dramáticamente, en términos de letargo, de “desesperación sin culpa” y depresión de aquellos que se sienten incapaces de dominar los fracasos y decepciones a lo largo de la vida. “Los suicidios de este periodo no son la expresión de un superyo punitivo, sino un acto de remedio– el deseo de eliminar la insufrible sensación de mortificación y vergüenza inenarrable impuesta por el reconocimiento ulterior de un fracaso de una magnitud que todo lo envuelve” (p. 241).

Es llamativo que Kohut explícitamente negase el rol de los ideales o del yo ideal en la generación de la vergüenza, declarando que la vergüenza “es debida a una inundación del yo con un exhibicionismo no-neutralizado y que no esta relacionado con una debilidad del yo vis-a-vis un sistema de ideales demasiado fuerte” (1971, p. 181n). Esta posición es bastante sorprendente, puesto que hemos estado considerando la convincente evidencia de que la vergüenza refleja la incapacidad de alcanzar metas o ideales, cumplir la expectativa de una imagen de un self ideal (al que Sandler et.al. [1963] se refieren como la “figura del self ideal”). En su lugar, Kohut considera el yo ideal como un instrumento de control pulsional, y de interiorizar un objeto amado idealizado. Puesto que así se describe como un producto de las relaciones objetales, para Kohut el yo ideal meramente constituye una “psicología social” (Kohut, 1966) y no tiene lugar en una comprensión en profundidad de la vergüenza.

Por otra parte, hemos anotado el énfasis de Sandler en la laguna entre los self ideal y real como determinantes de la presencia y la intensidad de la vergüenza. Basado en la distinción de Hartmann entre el yo y el si mismo en el narcisismo, podemos correlacionar la incapacidad de alcanzar los ideales y aspiraciones del self ideal, con la experiencia de la vergüenza. Podríamos también suponer que la brecha entre los self ideal y real frecuentemente esta instigada por el fracaso del objeto del self tal y como describe Kohut, inevitablemente precipitando la vergüenza. Storolow y Lachmann (1984-85) hablan de las *dimensiones* de un objeto, con las dimensiones libidinales y de objeto del self alternando en la relación de planos entre ellas. La interrupción de la conexión con el otro trae inmediatamente la dimensión del objeto del self a primer plano, con su necesidad de reparación y restauración, y la generación de vergüenza. “¿Qué me ocurre a *mi* que no obtengo el apoyo o la admiración que anhelo?” Una sensación de fracaso, defecto, inferioridad, e insignificancia nos abruma a la vista de la disrupción del objeto del self – cualidades que he llamado el “*lenguaje de la vergüenza*” (Morrison, 1996). Se generan objetos del self calmantes para aliviar la vergüenza a través de la obtención de la auto-aceptación – es decir, al disminuir la distancia entre nuestro self real y el ideal. Cuando esta ruptura no se puede reparar fácilmente, buscamos otras fuentes objeto del self de calma y aceptación, ya sea eligiendo, imaginando o creando nuestros propios objetos del self

(Morrison, 1994).

Siguiendo a Kohut, las reflexiones sobre la vergüenza y el narcisismo se multiplicaban, con la vergüenza tomando su posición como el afecto nocivo en compañía del narcisismo. Cuando prevalecen las tensiones narcisistas, la vergüenza no puede estar muy lejos. Broucek (1982) enfatizó sobre la relación entre la vergüenza y el narcisismo, señalando el rol central de la experiencia de la autoconciencia (a la que se refiere como *autoconocimiento objetivo*) como un estímulo para la vergüenza. El “autoconocimiento objetivo” en el desarrollo esta asociado con el fracaso parental en responder a los gestos o placer del niño. El niño entonces se siente solo – incompetente e inefectivo; en las propias palabras de Broucek, el niño no puede “influir, predecir o entender un evento que esperaba... poder controlar o entender” (p.370), engendrando una sensibilidad a la vergüenza.

En concordancia con Kernberg en que el self grandioso significa un narcisismo patológico, Broucek sugiere que la vergüenza juega un rol doble en la grandiosidad. Es tanto un *estímulo* para reactivar el auto-engrandecimiento, como una *respuesta* al reconocimiento de la grandiosidad excesiva. Broucek diferenciaba el narcisismo *egotista* (desprecio del otro devaluado, y auto-engrandecimiento arrogante) del narcisismo *disociativo* (con sentimientos de ser indigno, inferioridad, auto-desprecio, y una proyección de grandiosidad en el otro idealizado, omnipotente). La conceptualización de Broucek es similar a la oscilación de la autoestima de Reich (1960) y a la Dialéctica del Narcisismo (Morrison, 1989).

Broucek en su consideración de Kernberg, señaló que la vergüenza nunca fue mencionada en la valoración de Kernberg de la fantasía grandiosa y la creación del self ideal, ambos considerados defensas patológicas contra los conflictos de sobre-dependencia y agresión. En contraste con Sandler, Kernberg veía al self ideal como una estructura grandiosa que protege al self de los sentimientos de debilidad e ira. Broucek sugirió que la vergüenza se insinúa en esta grandiosidad debido a la laguna entre el self ideal exaltado y la “auto-observación derivada objetivamente” similar a la explicación de Sandler de la vergüenza.

Vemos entonces, que la vergüenza se experimenta en conexión íntima con el narcisismo y específicamente con la vulnerabilidad narcisista. Sentimientos de imperfección, empequeñecimiento, insignificancia, fracaso, y otras reflexiones del lenguaje de la vergüenza sugieren impedimentos en la sensación del self, y por tanto representan lesiones narcisistas. Aquí debemos valorar la *magnitud* de narcisismo lesionado, o la magnitud de la vergüenza experimentada; si la vergüenza es *soportable* o *insoportable*; cuanto lleva a la depresión, a la desesperación o al suicidio etc. Las medidas para valorar la vergüenza pueden también indicar la profundidad y extensión de la patología narcisista.

Se ha considerado o implicado a la vergüenza en nuestras consideraciones del narcisismo desde diferentes perspectivas. Como se ha señalado antes, Piers y Singer lo veían en el contexto de la libido y de la teoría pulsional, como la tensión entre el yo ideal y el yo. Sandler et. al. liberaron lo ideal de sus ataduras dentro de la estructura del ideal superyo/yo, sugiriendo una imagen de un self ideal hacia el que podemos aspirar, con la intensidad de la vergüenza reflejando el grado de fracaso en alcanzar ese estado del self. Kohut por supuesto proporciona la consideración más positiva del narcisismo y la auto-cohesión, limitando su punto de vista de la vergüenza como respuesta a una grandiosidad abrumadora, con algún reconocimiento del rol del fracaso del objeto del self en la

generación de la vergüenza.

Me ha sido de utilidad concebir una secuencia de desarrollo (o *línea de desarrollo*) para la vergüenza. Inicialmente, la vergüenza es una respuesta innata del niño ante la falta o ausencia de respuesta parental a sus iniciativas o expectativas, llevando, a lo largo del tiempo a la evolución de una sensibilidad a la vergüenza. Sobre los 18 meses, el niño desarrolla una autoconciencia referente a la diferencia de los otros (el auto-conocimiento objetivo de Broucek). En este momento, los elementos de comparación y competición entran en el escenario de la vergüenza, junto con el desarrollo de una capacidad para la simbolización y la imaginación. Estas últimas funciones forman y solidifican ideales y una imagen del self ideal. En este punto la instigación de la vergüenza se ha *interiorizado* – eso es, dentro del self. A partir de este momento, la experiencia de la vergüenza se puede iniciar tanto desde dentro – solo en mis ojos – así como respuesta ante los retos del entorno.

Ahora vamos a ver la vergüenza y el narcisismo desde la perspectiva relacional, que prevalece hoy en los Estados Unidos y sobre el cual gira el grupo de España. Sugiero que, en relación con la vergüenza, esta perspectiva fue introducida por Helen Lewis (1971), quien considera la vergüenza como un afecto encaminado primordialmente hacia la protección y mantenimiento de vínculos afectivos relaciones. Para Lewis, la vergüenza sirve como señal de que hay un posible peligro al vínculo social, y que el self se debe reforzar o recargar para preservar sus conexiones relacionales. Lewis asocia la vergüenza con lo que ella llama “*dependencia de campo*”, en el cual el individuo es fuertemente dependiente de las respuestas del entorno que le rodea para su autoestima y el bienestar. Ella ve el narcisismo primariamente como un subconjunto de la vergüenza, relacionándolo con la estabilidad del self, y así como en la vergüenza, para la preservación de vínculos relacionales. Otra manifestación relacional de la vergüenza ocurre, sostiene Lewis, como respuesta dentro de la transferencia. La relación terapéutica puede en si mismo volverse un hervidero para la generación de la vergüenza, y Lewis fue la primera en aseverar que la vergüenza no-analizada – referida por ella como “vergüenza circunvalada” (o de *by-pass*) – es a menudo la causa del fracaso terapéutico (la llamada *reacción terapéutica negativa*).

Más recientemente, el psicoanálisis relacional ha abordado el narcisismo con un énfasis que valora al ‘otro’ en relación con el sentido del self. Benjamin (1966) y Mitchell (1988) fueron entre las figuras de la teoría relacional que consideraron el narcisismo, así como lo fue Bromberg (1983; 2006), quien también enfatizó la importancia de la vergüenza en la experiencia del self. Mitchell (1988) describe el narcisismo como *ilusiones* sobre el self, previamente considerado en la teoría tradicional como *defensas* que requieren interpretación o confrontación, o por Winnicott y Kohut, como expresiones de *creatividad* que se debían animar. La aseveración de Mitchell fue que cada una de estas posiciones tenían sus problemas así como sus virtudes, en la que cada una reflejaba un self independiente de su entorno humano. Mitchell añadió el componente relacional – es decir, que las ilusiones narcisistas de grandeza (es decir, un self superior, autónomo) o de idealización (es decir, un self disminuido con respecto a un otro superior), eran valoraciones interpersonales aprendidas dentro de los particularidades de una matriz familiar dada. Desde esta perspectiva, la naturaleza específica de la ilusión narcisista de un individuo se generaba en respuesta a la convicción de que esta formación era requerida para mantener el amor de, y conexión con, los padres/familia. A menudo, la ilusión particular es la misma que también ha sido mantenida por los padres/familia, desde su propia experiencia de desarrollo.

En un trabajo anterior, Bromberg (1983) enfatizaba específicamente los requisitos del

narcisista de proteger su ilusión de autosuficiencia (ver también Modell, 1975), con la negación de cualquier necesidad de una relación con otro. Según Bromberg, el objetivo del tratamiento es ayudar al paciente a modificar su aislamiento y grandiosidad a través de un reconocimiento gradual de la existencia del terapeuta como una persona separada (el “reconocimiento mutuo” de Benjamin, 1988), liberándole así para que desarrolle su propio y auténtico sentido del self. Dicha modificación se obtiene, primero a través de la comprensión empática y aceptación del terapeuta, con un movimiento gradual hacia la tolerancia de la ansiedad y confrontación (un “gradiente” de empatía y ansiedad).

El trabajo más reciente de Bromberg enfatiza el impacto del trauma en la generación de la disociación, llevando a la construcción de múltiples estados del self. Aunque en su último libro (2006) no habla explícitamente del narcisismo, su atención al self (a través de sí mismos múltiples y estados del self) refleja nuestro actual interés en la experiencia del self y el narcisismo. El trauma mismo lleva a la disociación de la experiencia traumática, y también, según Bromberg, obtiene estados extremos de vergüenza. La vergüenza, en este caso reflejando la respuesta al trauma, es insoportable e intolerable (“vergüenza insoportable”, en este trabajo), y en sí mismo se disocia. De igual manera, la vulnerabilidad narcisista y la vergüenza basada en el trauma pueden llevar al alcoholismo, varias perversiones, trastornos de la alimentación, y comportamiento antisocial. La vergüenza puede entonces ser una respuesta a estos “defectos” caracterológicos, especialmente a la vista de las reacciones negativas del “otro” especial. Aquí la vergüenza sirve tanto como estímulo y como respuesta a las manifestaciones caracterológicas, según describe Broucek (1982). Esta vergüenza – en cualquiera de los lados de la respuesta defensiva (Morrison, 1999) – subyace bajo la disociación protectora, por el cual el trauma y el afecto disfórico se apartan – son aislados de la atención y conocimiento consciente. Desde este punto de vista en la teoría relacional, la vergüenza intensa insoportable conecta con la experiencia traumática, y ambos entonces se disocian u, otras veces, son “actuadas” dentro o fuera de la relación de tratamiento. Un principio primordial de la actual teoría relacional sugiere que el *enactment*⁴ sirve de vehículo para sacar el trauma, y la vergüenza relacionada, fuera de la disociación, y ulteriormente, hacerla disponible para la comprensión terapéutica.

Tanto Mitchell como Bromberg apoyaban un enfoque personal, que no estuviera apoyado en la teoría, a la hora de abordar el tratamiento de la patología narcisista. Bromberg habló de gradiente entre la empatía y la ansiedad, con una comprensión empática que prevalece hasta tal momento en que el terapeuta intuye la capacidad del paciente de tolerar la interpretación, exploración del conflicto y la ansiedad. Mitchell promulgaba una “participación llena de juego y con una curiosidad perpleja”, en el que puede haber cuestionado con el paciente sobre si la repetición del viejo lazo objetal – grandiosidad o idealización como vehículo para mantener la cercanía – es la única manera de encontrar el self o sus relaciones. Mitchell señala inquisitivamente hacia el truncamiento de unas experiencias relacionales potenciales nuevas y gratificantes, a través del mantenimiento de las ilusiones narcisistas.

Antes de volvernos hacia una ilustración clínica de varios de los asuntos que hemos estado considerando referente al narcisismo y la vergüenza, voy a tomar de nuevo una pausa para revisar algunas de las posiciones que nos hemos encontrado. Empecé con mi perspectiva concebida ampliamente sobre el narcisismo reflejando todos los elementos pertinentes al sentido del self, con una esperanza de ser especial para un “otro” significativo. Mas primitivamente sugiero que el individuo encuentra la necesidad de ser único y, ulteriormente en la patología narcisista, una demanda de ser el *único*. De alguna manera esta perspectiva sobre la patología se puede ver como una transición hacia el narcisismo

primario de Freud, careciendo solo del énfasis de Freud en la libido (1914). El trabajo de Freud introdujo en nuestro léxico psicoanalítico, los conceptos de *auto-consideración* y *el yo ideal*, pero su contribución importante yació latente durante unos cuarenta años ya que él (y sus discípulos) evolucionaron y desarrollaron la teoría estructural, con énfasis en las dinámicas de la culpa y el Edipo. Se volvió a despertar la atención al narcisismo con la distinción de Hartmann entre el yo y el self, con un creciente interés en el yo ideal, el cual se consideró primariamente como una estructura de juicio rígida, que da a luz al superyo.

Al centrar el foco de atención sobre el narcisismo, se desarrolla un concepto de *self ideal* que permite una visión más flexible de las aspiraciones, y un medio de contrastar el ideal con una sensación real del self. Al mismo tiempo, se abrió la atención a las respuestas afectivas de fracaso, y de ahí, a la *vergüenza*, con conexiones hechas por algunos investigadores entre el narcisismo y la vergüenza (por ejemplo, Broucek, 1982; Lansky, 1992; Levin, 1967; Lewis, 1971; Morrison, 1989, Wurmser, 1981). La apertura al narcisismo llevó al énfasis en la psicología del self, del valor único del self y su inevitable necesidad de una sintonía con el objeto del self, así como el enfoque interpersonal/relacional acentuando el vínculo entre el self y el otro. Con esta visión general, nos preguntamos cuánto refleja el narcisismo el self en solitario, y cuando se entrelaza inevitablemente con el otro participante. En el tratamiento de manifestaciones narcisistas en nuestros pacientes, estamos únicamente examinando las preocupaciones del paciente, o estamos participando, el terapeuta, en traer a la vida la experiencia y encuentro mutuo con el insulto narcisista? Es decir, ¿cuánto participamos – a través de la interpretación, fracaso empático, *enactment* o disociación – en la generación mutua o en la iluminación del fenómeno narcisista?.

Ejemplo clínico: voy a presentar una sesión con Carter, quien dejó el tratamiento hace algunos años al mudarse a otra ciudad. Los detalles específicos de esta sesión están algo borrados por el paso del tiempo y la memoria, pero la esencia del material refleja fielmente los temas según evolucionaron entre nosotros.

Carter, un hombre corpulento que siempre vestía inmaculadamente de traje, camisa blanca y corbata, estaba de pie enfrente de la puerta de mi oficina, con el ceño fruncido dando golpecitos notablemente sobre su reloj. “Pensé que teníamos una cita a las once,” dijo bruscamente. “Así es,” respondí al abrir la puerta y darle paso para entrar; me di cuenta de que iba con un retraso de aproximadamente 2 minutos. Los ojos de Carter brillaban con odio al decir, “Oh, realmente no importa si llegas tarde. No importa nada; creo que me voy a marchar ahora.” Se giró abruptamente, agarró bruscamente su maletín, y salió disparado por el pasillo y salió del edificio. Yo me sorprendí, pero sin ningún pensamiento explícito sobre su vulnerabilidad y sentimientos de aislamiento salí corriendo tras él y le alcancé. “Carter, siento haber estado fuera de la oficina cuando has llegado, pero por favor vuelve para que podamos hablar sobre ello.” Habíamos estado hablado recientemente sobre su aversión a sí mismo, preocupaciones sobre su inutilidad y sobre ser ignorado. Se encogió de hombros, y abatido, volvimos juntos a la oficina.

Una vez sentado, Carter me miró fríamente con odio durante varios minutos, y entonces bajó la mirada, su cuerpo se arqueó hacia delante, su voz temblorosa. “Nadie parece creer ya que yo sea de importancia. Mi secretaria llamó hoy a decir que estaba enferma – la necesitaba para procesar unos papeles importantes. Tenia mucho en que pensar, pero entonces parecía que tu no pensabas que mereciera la pena estar aquí puntualmente para mí”. Internamente yo estaba pensando, “por Dios, solo eran un par de minutos,” pero asentí con la cabeza en actitud comprensiva. “Puedo ver que era

decepcionante.” “Decepcionante? Eso es el menor de los problemas. Supongo que estar ahí conmigo no es importante para ti.” De nuevo me disculpé, y le mencioné que recientemente habíamos estado hablando de lo pequeño e insignificante que se siente. Este incidente parecía confirmar estos sentimientos.

“Llamé al “gran hombre” otra vez; ya sabes, Jawalski. Y otra vez no me ha contestado. Dios, hace dos años le vendí seguros por valor de un millón; me llevó a cenar después de cerrar el trato. Esta vez ahora ni siquiera responde a mis llamadas.” Le pregunté que cómo le hacía sentirse. “Una mierda. Antes realmente tenía acceso a él. No sé qué ha ido mal, qué me ha pasado. Antes tenía mucho dinero, amigos. Ahora no parece que pueda conseguir que marche ningún negocio. Hace tres o cuatro años estaba ganando más de \$300,000. No tengo dinero ahora para poder amueblar mi apartamento, ni tan siquiera de mantenerme al día con tus pagos. He llamado a viejos contactos de negocios para ver si necesitan más cobertura de seguros para su grupo de trabajo, y si siquiera devuelven mis llamadas, dicen que no quieren nada. Un tío al que ayudé salir de una situación muy difícil – le conseguí cobertura aunque previamente había tenido un ataque al corazón – dijo que ya había conseguido su cobertura en otro sitio. En otro sitio? Es un bastardo desagradecido – debe haber ido con otra persona. Y Lorna se ha ido – sacó sus cosas de mi armario cuando yo estaba por ahí conduciendo, intentando alejarme para pensar. Jawalski – antes podía simplemente llamar a la puerta y entrar.”

Su desesperación saturaba la habitación. “Sabes Carter, entiendo que las cosas no son como debían ser, como fueron una vez. Estabas acostumbrado al respeto de la gente, que los amigos llamaran para salir. Ahora ha ocurrido algo – no hay llamadas; no hay ventas; no hay mucho dinero. Es bastante terrible y confuso.” Me estaba imaginando al pisoteado Willy Loman en *La muerte de un viajante* de Arthur Miller.

“Sí. Me siento como un grano de arena en la playa de la humanidad. Solo una mota de polvo.” “Que se puede limpiar de un plumazo,” opiné. “Así que debía parecer que para mí eras bastante insignificante, que no pensaba mucho en ti al llegar tarde, después de que llegaras a la puerta. No podías simplemente entrar en mi oficina, como antes podías hacer con Jawalski.” “Correcto. No te importaba una mierda; tenías cosas mejores que hacer con tu tiempo.” Entonces, con un flash, “Qué diferencia hay en todo esto? Tu estas muy ocupado como para atenderme. Y aunque lo hagas, qué puedes hacer de todas formas? En qué me ayuda el hablar, y quejarme de cómo están las cosas. Tu no puedes cambiar las cosas; tu no estas aquí para ser mi amigo. Por qué no llamas *tú* a Jawalski – recuérdale cómo tomábamos cervezas juntos antes de que se hiciera demasiado grande, demasiado importante, para pasar el rato conmigo. Que hace un par de años yo era lo suficientemente grande como para que él me atendiera. Oh, pero esto es una mierda. Cómo se supone que esto debe ayudar? Y, recuerdo que me gradué de la Columbia Business School; que estaba en la Junta Directiva allí. Que les den. Que te den, Doc. No puedes hacer nada para ayudar, o no estas haciendo nada.” “Es como que yo no hago nada que pueda hacerte sentir fuerte otra vez, que te haga sentir que importas,” asentí.

Y así siguió la sesión, machacando lentamente, dolorosamente, hasta el final. Escuché la diatriba de Carter, absorbo en su desesperación, y no intenté contradecir, o confrontar, o interpretar. Cuando terminó la reunión, le dije que me alegraba de que hubiera vuelto a la oficina conmigo. “Sí; y de qué me ha servido.” Pero entonces, con una voz más suave, al cruzar la puerta murmuró, “Yo también me alegro de haberlo hecho.” “Hasta la semana que viene.” “Sí; vale.”

Esta viñeta de Carter nos ofrece un vistazo del tratamiento de un hombre con

extensa vulnerabilidad y fragilidad narcisista, quien ilustra los muchos temas entorno al fenómeno narcisista y la patología que hemos considerado. Su preocupación autoconsciente es suprema, al retroceder en el desarrollo desde un deseo anticipado de ser especial a una expectación de ser único, y ulteriormente, a una demanda de ser el “único”. Cualquier cosa menos que eso es insoportablemente devastador – por ejemplo “sólo soy un grano de arena en la playa de la humanidad”. Este juicio de si mismo esta formulado, no con aceptación existencial, sino con desesperación suicida. Su self ideal se generaba en la forma más grandiosa, perfeccionista y rígida. Cuando llegó cerca de alcanzar su ideal y su objetivo, estaba estático y emocionado. Cuando, como Ícaro, voló demasiado alto y inevitablemente cayó, estaba suicidamente deprimido y desesperado. La depresión de Carter se generó por el fracaso y la vergüenza, instigando mas parálisis y la incapacidad de trabajar de forma efectiva.

Unas palabras sobre los antecedentes y desarrollo de Carter. Describió a su madre como lejana y crítica; su padre como punitivo y demandante. No había calor ni ternura en sus recuerdos familiares, excepto de su madre hacia su hermana menor. Se sintió traicionado y superado por su hermana al lograr la atención de sus padres. Casualmente se había criado en el mismo pueblo cerca de Nueva York que yo; pronto había compartido este hecho con él, en el intento de fortalecer el vínculo de comprensión entre nosotros. Describió sus años de instituto como de razonablemente felices, donde tenía amigos, y tenía éxito tanto académicamente como en los deportes y luego fue a una buena universidad. Estudió mucho, y se puso un objetivo de éxito financiero, planeando exceder a su padre en riqueza. Un cosa que compartía con su padre era el amor por la vela, y después de ir a una escuela de negocios y empezar su propio negocio de seguros, compró un velero que excedía cualquier barco que su padre jamás hubiera navegado.

El matrimonio sin descendientes de Carter duró solo algunos años, terminando en un agrio divorcio. Hablaba de su ex-mujer con el mismo odio desgastante con que describía a su madre. Las mujeres solo servían de “trofeos”, cuya belleza o atractivo sexual se llevaba como una medalla de su propio valor. Los amigos eran descritos en términos de su importancia y si eran significativos, su capacidad de enaltecer su propia prominencia. En los años recientes su negocio había sufrido una recesión, como una marea que baja, dejando un banco de arena seca – la playa cuya imagen había utilizado Carter para describir su sensación de insignificancia. El sentido disminuido de si mismo había intensificado su depresión, la cual impedía su propia capacidad para hacer negocios. Su seguridad financiera se desvanecía, y últimamente se había visto forzado a vender su velero para poder pagar sus facturas. Esta pérdida, así como la pérdida del status que acompañaba su posición en el club náutico local, intensificó su depresión humillante y le trajo a la psicoterapia. Me había elegido a mí porque había oído de mi afiliación con Harvard, así que yo “debía ser bueno”.

Carter claramente cumple nuestros criterios de narcisismo a través de su preocupación con el estado y sentido de su self. Si tomamos sus historias sobre su infancia y sus padres seriamente, podemos imaginar que sus esfuerzos como niño para conseguir su atención y respuesta fueron desairados o ignorados, que sus expresiones afectivas de enfado o angustia fueron criticados o castigados, y que luego, sus experiencias en la competición y comparación con sus semejantes (y su hermana) fueron dolorosamente degradantes. El sentido del self de Carter, tan dependiente del feedback de su entorno (la *dependencia de campo* de Lewis), era débil y frágil, requiriendo espejamiento e idealización del otro que brinda apoyo (*respuesta del objeto del self*). Su yo ideal era rígido y excesivo, demandando logros perfeccionistas para sentirse a gusto consigo mismo. Amplias

oscilaciones entre la superioridad grandiosa y la insignificancia constrictiva dominaban su experiencia del self, ilustrativo de la *enfermedad del ideal* de Chasseguet-Smirgel, y mi propia *dialéctica del narcisismo*. Ciertamente, en el caso de Carter podemos estar de acuerdo con Broucek y Kernberg que el self grandioso, fusionándose el self ideal con el otro ideal, es el núcleo patológico.

Creo que Carter también ilustra la disociación entre el narcisismo y la vergüenza, particularmente indicando las poderosas defensas contra la vergüenza tales como la grandiosidad y la disociación. Cualquier sugerencia de debilidad o fracaso, y su vergüenza acompañante, se le hace intolerable, a medida que intenta reestablecer conexión con sus valorados socios, o arremete con ira (como hizo conmigo cuando se sintió ignorado por mi tardanza). Contemplar la vergüenza, y sus estímulos, es insoportable para Carter, pero genera su profunda desesperación y depresión. Lo abatido que estaba, refleja lo que he descrito como *depresión de vergüenza* (1989; 1996) similar a la discusión de Bibring (1953) sobre la depresión y el fracaso de alcanzar aspiraciones. La desesperación vergonzosa y el desaliento son a menudo las más letales de las depresiones, y no infrecuentemente llevan al suicidio. Hablando de depresión y “desesperación libre de culpa” en aquellos que sienten que no pueden compensarse por fracasos a lo largo de toda la vida, repetiré a Kohut (1977, p.241): “Los suicidios de este periodo no son la expresión de un superyo punitivo, sino un acto de remedio – el deseo de borrar la insoportable sensación de mortificación y vergüenza innombrable impuesta por el ulterior reconocimiento de un fracaso de tal magnitud que todo lo engloba.” Con Carter, en la profundidad de su desesperación, el suicidio fue siempre una preocupación.

El tratamiento narcisista de la vulnerabilidad y la vergüenza esta entre los retos más difíciles para la psicoterapia. La medicación antidepresiva es, claro esta, una ayuda en el tratamiento de esta condición. Carter respondía moderadamente a una dosis considerable de SSRI, a menudo requiriendo una noria de drogas hasta que una ayudaba, por lo menos por un tiempo. Intenté entender y aceptar la profundidad de sus desilusiones y desesperación, ofreciendo tanto una compañía a su aislamiento y sentido de insignificancia, y esfuerzos en la modificación y relajación de sus rígidos ideales. Si pudiéramos ayudar a Carter para ser más flexible en sus demandas consigo mismo – tanto a través de la aceptación de sus dificultades y la interpretación de sus orígenes – quizás pudiera mitigar su carga y auto-criticas. ¿Había otras formas en las que podía abordar el acercamiento a sus amigos o los logros en su trabajo? Luchamos con lo altivo de sus expectativas de valía en sus compañeros, tanto dentro como fuera de la transferencia. Permanecí sensible a sus experiencias de mis fracasos empáticos, siempre intentando identificarlos y resolverlos como barreras que causaban interrupciones en nuestra relación.

Carter era un hueso duro de roer, representante de los obstáculos que los pacientes con severa vulnerabilidad narcisista y vergüenza nos presentan en nuestras consultas. Sin embargo, estos pacientes que frecuentemente aparecen en nuestros consultorios, y una cuidadosa comprensión de sus dificultades, junto con la disposición de intentar resolver los problemas a los que *ambos* nos enfrentamos en su tratamiento, son necesarios y ulteriormente nos benefician. No infrecuentemente los esfuerzos son también en beneficio de nuestros pacientes, aunque sea difícil estar seguros. Pienso que Carter logró alguna ayuda de nuestro trabajo conjunto, y vino a sentir aceptación de, y alguna confianza en mi. Se fue, con una modesta gratitud, para aceptar un empleo en una oficina a alguna distancia. No he sabido de él desde que se fue hace algunos años, y no confío en que nuestro trabajo juntos haya sido de beneficio duradero para él. Si sé, sin embargo, que sigue vivo en mi memoria, y también, que mucho de lo que he aprendido del narcisismo lo solidifiqué a través

de mi relación con Carter.

Espero que algunos de estos pensamientos hayan sido de utilidad.

REFERENCIAS

- Benjamin, J. (1996). An outline of intersubjectivity: the development of recognition. *Psychoanal. Psychol.*, 7, Suppl.: 33-46.
- Bromberg, P. (2006). *Awakening the Dreamer*. Mahwah, N.J.: The Analytic Press, pp.89-92.
- Bromberg, P. (1983). The mirror and the mask: On narcissism and psychoanalytic growth. In: *Standing In the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press, 1998, pp.73-96.
- Broucek, F. (1982). Shame and its relationship to early narcissistic developments. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 63: 369-378.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1985). *The Ego Ideal*. New York: Norton.
- Durkheim, E. (1897). *Le Suicide*. Paris: F. Alcan.
- Erikson, E.H. (1950). *Childhood and Society*. New York: Norton.
- Freud, S. (1892-99). Extracts from the Fliess papers. *Standard Edition*, 1:175-280. London: Hogarth Press, 1966.
- Freud, S. (1914). On narcissism: An introduction. *Standard Edition*, 14: 67-102. London: Hogarth Press, 1957.
- Freud, S. (1917). Mourning and melancholia. *Standard Edition*, 14: 237-258.
- Freud, S. (1923). Ego and the id. *Standard Edition*, 19: 1-66.
- Grunberger, B. (1979). *Narcissism*. New York: International Universities Press.
- Hartmann, H. (1950). Comments on the psychoanalytic theory of the ego. *The Psychoanalytic Study of the Child*. 5: 74-96. New York: International Universities Press.
- Hartmann, H., and Loewenstein, R. (1962). Notes on the superego. *The Psychoanalytic Study of the Child*. 17: 42-81. New York: International Universities Press.
- Jacobson, E. (1964). *The Self and the Object World*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1972). Thoughts on narcissism and narcissistic rage. *The Psychoanalytic Study of the Child*. 27: 360-399. New Haven: Yale University Press.
- Kohut, H. (1977). *Restoration of the Self*. New York: International Universities Press.
- Lasch, C. (1978). *The Culture of Narcissism*. New York: Norton.
- Lansky, M. (1992). *Fathers Who Fail*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Levin, S. (1967). Some metapsychological considerations on the differentiation between shame and guilt. *Internat. J. Psycho-Anal.* 48: 267-276.
- Lewis, H.B. (1971). *Shame and Guilt in Neurosis*. New York: International Universities Press.
- Lichtenstein, H. (1964). Narcissism in emergence and maintenance of primary identity. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 45: 49-56.
- Lynd, H.M. (1958). *On Shame and the Search for Identity*. New York: Harcourt, Brace and World.
- Mitchell, S. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press, Ch. 8, pp. 204-234.
- Modell, A. (1975). A narcissistic defense against affects and the illusion of self-sufficiency. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 56: 275-282.
- Morrison, A. (1989). *Shame, the Underside of Narcissism*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Morrison, A. (1994). The breadth and boundaries of a self-psychological immersion in shame: A one-and-a-half person perspective. *Psychoanal. Dial.* 4: 19-35.
- Morrison, A. (1996). *The Culture of Shame*. New York: Ballantine. [Versión castellana: Barcelona: Paidós]
- Murray, J. (1964). Narcissism and the ego ideal. *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 12: 477-511.
- Piers, G., and Singer, M. (1953). *Shame and Guilt*. New York: Norton.
- Reich, A. (1960). Pathological forms of self-esteem regulation. *The Psychoanalytic Study of the Child*. 15: 215-232. New York: International Universities Press.

- Sandler, J., Holder, A., and Meers, D. (1963). The ego ideal and the ideal self. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 18: 139-158. International Universities Press.
- Sandler, J., Person, E.S., and Fonagy, P. (1991). *Freud's "On Narcissism: An Introduction"*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Schafer, R. (1967). Ideals, the ego ideal, and the ideal self. In: *Motives and Thought*. ed. R.R. Holt. *Psychological Issues*. Monogr. 18/19. New York: International Universities Press, pp. 131-174.
- Stolorow, R.D., and Lachmann, F.M. (1984-5). Transference. the future of an illusion. *Annual of Psychoanalysis*. 12-13: 19-37. New York: International Universities Press.
- Wurmser, L. (1981). *The Mask of Shame*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

NOTAS

¹ Trabajo leído en Madrid los días 8 y 9 de febrero de 2008, en el centro ÁGORA RELACIONAL, en un acto convocado con el patrocinio de IARPP-España y el INSTITUTO DE PSICOTERAPIA RELACIONAL. Una versión reducida de este trabajo fue leída en Barcelona el 16 de febrero de 2008 en el Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Española de Psicoanálisis. Traducción castellana realizada por María Hernández Gázquez, Rosa Velasco y Alejandro Ávila

² Profesor Asociado Clínico de Psiquiatría, *Harvard Medical School*; Analista docente y supervisor, *Massachusetts Institute for Psychoanalysis*; Docente, *Boston Psychoanalytic Institute (IPA)*. És autor de los libros "Shame, the Underside of Narcissism" y "The Culture of Shame". Practica privada de psiquiatría y Psicoanálisis en Cambridge, MA., USA. Existe traducción castellana del libro "La Cultura de la Vergüenza", editado por Paidós (1997).

³ En lo relativo a las expresiones de género, usaré indistintamente de forma aleatoria e intercambiable para referirme a ambos géneros.

⁴ N. de T: Mantenemos le término *enactment* en su acepción inglesa.